

gradualmente. Uno de los miembros de su congregación se propuso curarle, y creyendo que el galvanismo le haría provecho, aplicó á su cabeza la electricidad. « Instantáneamente, dice, me sentí atravesado por un dolor intenso como si mi cráneo fuera un horno y subiesen por todas partes llamaradas de fuego. » Estuvo durante algún tiempo como loco de dolor; lo maravilloso es que no se quedara en el sitio. Sin embargo se recobró de este choque y aún siguió trabajando. A la larga se quedó paralítico, y al fin pasó á gozar del deseado reposo á los cuarenta y siete años. Fué una vida corta pero hermosa, llena de vivos goces, aunque cruzada tristemente por el dolor y el sufrimiento. Si Roberston, en medio de sus muchos conocimientos, hubiera tenido alguna noción de la salud física y mental, jamás hubiera tenido lugar su suicidio moral.

La vida de los literatos está llena de avisos referentes á los peligros que acarrea el excesivo trabajo mental. Sir Wálter Scott acostumbraba á decir, que consideraba la literatura más como un bastón que como una muleta. Pero llegó un tiempo en que la consideraba como ambas cosas á la vez. « ¡ Ay de los que tienen que ganarse la vida con su pluma ! dice madama de Tencin. El zapatero está seguro de su salario; el escritor no está seguro de nada. » Coleridge, en su *Biografía Literaria*, dice: « Jamás debe considerarse la literatura como un oficio; á excepción de algún hombre extraordinario, jamás he visto un individuo que haya sido sano y feliz sin una profesión, esto es, sin empleo regular que no dependa del capricho del momento... El dinero y la reputación inmediata constituyen únicamente un objetivo arbitrario y acciden-

tal de la labor literaria. La esperanza de aumentarlos por cualquier esfuerzo, llega á ser con frecuencia un estimulante para la laboriosidad; pero la necesidad de adquirirlos en todas las obras de genio, puede convertir el estimulante en un narcótico... Si hacen falta hechos para probar la posibilidad de combinar sólidas producciones literarias con un trabajo amplio é independiente, tenemos, entre los antiguos, las obras de Cicerón y Jenefonte; entre los modernos las de sir Tomás Moore, Bacón y Báxter, y para citar ejemplos contemporáneos, las de Darwin y Roscoe: todos son decisivos en esta cuestión... ; Es preciso no ser simplemente un literato ! Sea la literatura una honrosa ayuda para vuestros brazos, pero que no constituya la aspiración suprema, ni llene el escudo de armas <sup>1</sup>. » Este es un consejo sabio, pero no le siguió el mismo Coleridge. Acaso el « hombre extraordinario » á quien hacía referencia, era su cuñado Southey, á quien dejó el cuidado de su esposa y familia en Keswick, mientras él mismo se entregaba á brillantes monólogos en casa de su amigo míster Gillmam, en Highgate Hill, en Londres. Southey, ciertamente, « cultivó la literatura como un oficio »; pero aunque acertó su vida, fué en verdad su carrera noble, honrada, laboriosa y virtuosa. »

Macaulay, sin embargo, tiene algo que decir en favor del trabajo literario. Mientras estaba en la India, escribía á su amigo Ellis (en 1835): « La literatura ha salvado mi vida y mi razón. Hasta ahora, no me atrevo en los intervalos de los negocios á permanecer un solo minuto sin un libro en la mano. Estoy más

1. Colbridge, *Biografía Literaria*, cap. XI.

que medianamente resuelto á abandonar la política y á consagrarme por completo á las letras; á emprender algún trabajo histórico, que pueda ser á un tiempo la ocupación y el encanto de mi vida; y á dejar los placeres de las pestilenciales habitaciones, las noches sin sueño, las jaquecas y los dolores de estómago, á Roebuck y á Praed. »

De Tocqueville fué avisado del peligro que corría, porque iba perdiendo la memoria; pero estaba tan absorto en sus estudios, que desatendió el aviso y siguió escribiendo hasta el fin. « Me levantaba á las seis, dice, y permanecía seis horas sentado ante mi papel, dejándolo con frecuencia completamente en blanco. A veces hallaba lo que buscaba, pero lo hallaba penosa é imperfectamente; otras veces me desesperaba de no encontrar absolutamente nada. Dejaba el trabajo, descontento de mí mismo, y por consiguiente de todo <sup>1</sup>. » Disraeli, el viejo, estaba sujeto á la misma enfermedad literaria, « un desfallecimiento de la energía nerviosa ocasionado por el estudio, por su demasiado sedentarias costumbres, una temprana y habitual tendencia á la divagación y propósitos é incesantes é indefinibles. Sin embargo, merced á un régimen cuidadoso, á la abstinencia de toda excitación y al ejercicio regular, consiguió vivir y trabajar hasta una edad avanzada <sup>2</sup>. El profesor Wilson, á semejanza de Scott, padeció el *Morbus Eruditorum*, tuvo un ataque de parálisis que fué el primer aviso. Siguió trabajando como de costumbre, y tuvo un segundo ataque que puso fin á

1. De Tocqueville, *Memorias y Recuerdos*, II, pág. 435.

2. *Curiosities of Literature* (Curiosidades de la Literatura) (edición 1865). Memoir by lord Beaconsfield, pág. 21.

su vida. El cantarillo fué tanto á la fuente que al fin se rompió. » <sup>1</sup>

Los hombres de entendimiento exaltado, dice Pínel, perecen víctimas de su cerebro; tal es el fin de aquellos cuyo genio les procuró la inmortalidad que tanto desearon ardientemente. En verdad, son duras las penalidades que muchos hombres sufren por la gloria. Nace del trabajo y de la actividad cerebral, y se consigue merced al sacrificio de sí mismo, á la privación del descanso, y frecuentemente, al sufrimiento. El genio, aunque llega á poseer la gloria, la posee frecuentemente acompañada de la tristeza. « ¡ Pobres grandes hombres, dice Sainte-Beuve; grandes á causa de lo que constituye su impotencia, é impotentes y débiles á causa de su grandeza! Filósofos ó poetas, pensadores ó cantantes, no os pongáis unos sobre otros, no os tengáis por excepciones, no es vanagloriéis... Ensangrentadas fibras fueron el origen de las primeras cuerdas de la lira; también lo serán las últimas... La estatua de Memnon exhalaba armoniosos sonidos al salir el sol, pero sólo al ser golpeada <sup>2</sup>. »

Todo, en verdad, vive poco. La vida pasa con rapidez, y la muerte llega segura y prontamente. ¿Y

1. La lista de las víctimas de la parálisis y apoplejía producidas por el exceso de trabajo cerebral sería muy larga; pero podemos citar algunos nombres de los más ilustres: Copérnico, Malphigi, Linneo, Cheselden, Spallanzani, Cabanis, Corvisart, Dupuytren, La Bruyère, Daubenton, Marmontel, Monge, Cuvier, Fourcroy, Händel, Glück, Hobbes, Dugald Stewart, Monbodo, De Foe, Swedenborg, Richardson, Dolland, Dalton, Wollaston, San Francisco de Sales, Petrarca, Beattie, Tomas Moore, Mendelssohn, Heine, Porson, Curran, Garrick, sir H. Davy, sir W. Scott, Lockhart, Wilson, Tegner y sir W. Hamilton. Algunos de estos hombres, no obstante, vivieron hasta una edad avanzada.

2. Sainte-Beuve. *Portraits contemporains*, I, pág. 301.

por qué se desea la instrucción literaria? ¿Por la gloria y por la fama? « Un leve rumor en un rincón de la tierra, » « un ligero chapoteo en el gran estanque del olvido, » « una existencia imaginaria en la vida de los demás. » ¿Qué es la belleza? Una rosa que apenas dura un día. ¿Y la salud? Un bien que podemos perder en un momento. ¿Y la juventud y el vigor? Tesoros que el tiempo devora cada día. Las almas sensibles no pueden menos de mirarse como en un espejo en la rapidez de todos los placeres humanos. Hay una tristeza intelectual que ensombrece á los mejores y á los más brillantes; el pensamiento de la gran insignificancia del hombre en la inmensidad de la creación en cuyo seno vive; la mínima fracción de tiempo que su vida representa en la inconmensurable eternidad; y lo extremadamente poco que conoce ó puede conocer, comparado con el vasto dominio de la sabiduría y de la ciencia que deben quedar para siempre inexplorados <sup>1</sup>.

Al mismo tiempo, hombres y mujeres están obligados á cultivar las facultades de que han sido dotados:

« ¿Qué es un hombre, si su principal bien y el empleo de su tiempo han de reducirse á dormir y comer?—Nada más que una bestia. Seguramente, el que nos hizo con tan poderosa inteligencia, pensándolo todo con cuidado, nos dió esta capacidad y razón casi divina, para que no quedase en nosotros sin empleo.

Cada función, lo mismo del alma que del cuerpo,

1. Ya dijo hermosamente Rioja:

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,  
Do apenas sale el sol, cuando se pierde  
En las tinieblas de la noche fría?

(N. del T.)

debe ejercitarse cuidadosa y convenientemente. Nosotros debemos, en todo caso, conocer algo de las condiciones ordinarias de la vida. Una ligera observación imparcial y algunos conocimientos de fisiología servirían mucho al pensador, poeta, autor ó filósofo, para trabajar cómodamente y sin peligro. Pinel sostiene que el estudio de las ciencias exactas, hecho con moderación, fortifica la inteligencia y la preserva del des-arreglo. Su opinión se halla justificada por las estadísticas de la longevidad. En todas las cosas debe observarse la moderación: el *aurea mediocritas*, tan ensalzado por Horacio. El buen humor es casi tan necesario como la moderación. Así, la vida puede ser útil y prolongarse.

Los magistrados (que tienen generalmente renta segura) los clérigos y filósofos <sup>1</sup> viven más tiempo; luego vienen los comerciantes y hortelanos y, por último los cirujanos <sup>2</sup> y carniceros. Los que viven menos son los molineros, los panaderos, los picapedreros y los taberneros. El doctor Guyleyó un documento en una reunión de la Sociedad de Estadística, en el cual establece que la vida media de nueve de los principales poetas latinos, fué de cincuenta y tres años; y la de nueve de los principales poetas ingleses, de cuarenta y dos. En general, las mujeres (que no tienen que ganarse el pan, ni se hallan perturbadas por el fastidio de los negocios), viven más que los hom-

1. En una reciente reunión de la Sociedad Londonense de Linneo, se dió cuenta de la muerte de diez y seis miembros cuya vida media había sido de setenta y tres años.

2. Voltaire observa que entre muchos centenarios no había uno sólo de la facultad de medicina. El rey de Francia ha enterrado á cuarenta de sus médicos.

bres ; y los hombres casados más que los solteros. La vida larga se halla generalmente asegurada por la conducta virtuosa ; en realidad, la salud física y moral se hallan tan estrechamente relacionadas, como el alma y el cuerpo ; y la longevidad guarda íntima relación con la comodidad y la felicidad humanas.

Los perjuicios de la excitación mental y del excesivo trabajo cerebral han aumentado mucho en los últimos años por el exceso de trabajo en las escuelas. « ¡ Cuántos he visto en mi tiempo, dice Montaigne, totalmente embrutecidos por una inmoderada sed de conocimientos<sup>1</sup> ! ». El grito de la edad presente es « Educación », pero se trata de educación por medio de los libros únicamente. ¡ Leed, leed, leed ! como si Dios no nos hubiese dado cuerpos, al mismo tiempo que cerebros para que cuidásemos de ellos y los cultivásemos. Niños y niñas se ven obligados á trabajar mucho en la escuela. Hay gran competencia entre los maestros, porque sus rentas dependen de los resultados. Los discípulos son atiborrados de conocimientos en el menor tiempo posible, y el cerebro, el más delicado de los órganos, trabaja más en un mes que antes trabajaba en un año. Algunos, sin embargo, gracias á la competencia, pueden parecer prodigios y ganar premios. Pero ¿ qué es de la salud, que vale más que muchos premios ? Si no caen víctimas del exceso de trabajo, los discípulos que ganan premios acaban frecuentemente por ser inválidos y á veces imbéciles.

La teoría de que el éxito en los exámenes es una prueba de lo que el niño será después, es muy falaz.

1. *Ensayos*, de Montaigne. « De la educación de los niños », lib. I, cap. XXV.

Ya hemos visto que muchos de los hombres más distinguidos fueron holgazanes y nada precoces en la escuela. El difunto lord Cockburn se vió casi obligado á ser un mal estudiante por los repetidos azotes. El decía después que « desconfiaba de los listos, y pensaba que se podía esperar más de los torpes ». Verdaderamente, el niño torpe ó el niño que ha empezado su educación tarde, y ha tenido por consiguiente más tiempo para crecer y ejercitar sus facultades físicas, aventajan rápidamente en el curso de la vida á aquellos que entraron en la escuela mucho antes que ellos. Es mucho mejor que el cerebro permanezca ocioso, en lugar de verse obligado á trabajar con exceso sacrificando la salud, que jamás puede ser recuperada. El altar de los exámenes es el Moloch en cuyas aras sacrifican á sus hijos los padres modernos. Las distribuciones de premios y los concursos estimulan sus energías ; y cuando han « pasado » y obtenido todo lo que ambicionaban, ¿ cuál es su condición actual ? Son frecuentemente pobres criaturas aniquiladas. Muy pocos niños y niñas de los que ganan premios realizan las promesas que habían hecho concebir. Los prodigios son siempre lo más inseguro, como dice el proverbio : « Lo que pronto madura, pronto se pierde. »

« Las personas que más éxito han tenido en los exámenes universitarios, dice el reverendo Boyd Carpenter, y que se han distinguido después, son poquísimas comparadas con las que no tuvieron éxito. La razón de esto, según él, debe ser el sistema de atiborrar las cabezas de los niños. El fin principal de la educación consiste en formar hombres para el mundo, que tengan el mayor dominio posible de sí mismos y de sus facultades. Es inútil dar al hombre una gran

educación sin desarrollar sus condiciones de energía, porque una inteligencia cultivada de nada sirve si no se está en disposición de usar de ella.»

La inutilidad relativa de los exámenes universitarios, como presagio, ha sido demostrada por los resultados obtenidos en la administración civil de la India. No se tuvieron en cuenta salud, capacidad física y constitución fuerte para soportar un clima tropical, y fueron nombrados para dicho servicio civil jóvenes que después de prolongados exámenes obtuvieron los primeros números. «En Bombay, según un informe oficial, la ruina de este sistema fué completa. De cien desdichados empleados nombrados para esta presidencia, nueve han muerto, dos se han visto obligados á retirarse por causa de debilidad física, diez más fueron considerados completamente inútiles para su trabajo á causa de su mala salud, otros dos fueron despedidos por no saber montar á caballo y por sus modales grotescos, y ocho se volvieron locos... Estos casos de locura se refieren casi todos á los últimos años durante los cuales se mantuvo enhiesta la bandera de los exámenes como necesarios bajo el sistema de los concursos en el más alto grado... Imagínese el gobierno de un país como la India, dividido en media docena de distritos, á cual más distantes, y administrados por empleados locos<sup>1</sup>.

La pérdida de vida y de salud que representa ese impuesto de los exámenes y concursos sobre la sangre y el cerebro, causa espanto. En lugar de una educación que fortifique el alma y el cuerpo para la vida social; que fortifique el carácter mediante el hábito y

1. *Times*, 11 de Diciembre de 1882.

la disciplina, que llene el entendimiento de conocimientos útiles y prácticos; que desarrolle el valor, la paciencia, la tenacidad en los propósitos y la resistencia física, como base del ejercicio práctico de estas grandes cualidades morales; la educación, tal como hoy está dirigida, parece más bien servir para rellenar y atiborrar por fuerza la inteligencia con determinados conocimientos calculados únicamente para que un joven pueda salir triunfante en un concurso, aunque son relativamente de muy poca utilidad en los negocios de la vida corriente. Pero si el exceso de trabajo cerebral es perjudicial para los niños y adolescentes, lo es aún más para las niñas y las jóvenes. La educación de las niñas por medio del sistema de exámenes hace hoy furor. Ellas también son sacrificadas en ese funesto altar. ¿Y cuál es el resultado? Con frecuencia caen casi sin vida, y la salud física queda arruinada para siempre. En verdad, su constitución no es adecuada para ese sacrificio. Su cerebro, su configuración y sus funciones son diferentes de las del sexo fuerte, y los deberes que tienen que llenar son casi el reverso de los del hombre. Es asombroso cuanto pueden hacer las jóvenes en este terreno del estudio, aunque lo hagan á costa de terribles consecuencias. Se convierten en verdaderos paquetes de nervios; su excesivo trabajo cerebral consume sus cuerpos, y el verdadero proceso por medio del cual pretenden los educadores perfeccionar la raza, tiende á su degeneración.

El difunto profesor F. D. Maurice dió una nota de aviso en la reunión del Congreso de Ciencia Social en Bristol, en 1869. Hablando del presente sistema de exámenes, decía que minaba por completo la vida física, intelectual y moral de los jóvenes, y que produciría

efectos más terribles aún en las jóvenes si éstas llegaban á ser admitidas á todos los privilegios del otro sexo. Padres y médicos se quejan á un tiempo de la pérdida de la energía física y del trastorno nervioso que observan en las jóvenes, ya hayan triunfado ó ya hayan fracasado en sus esfuerzos. « La enfermedad, decía el profesor Maurice, se ha hecho verdaderamente grave » ; á nadie se le ocurre pensar en ello bastante seriamente ó sugerir un remedio. Entretanto, el mal va en aumento, y la gente decide, encogiéndose de hombros, que es un mal necesario.

El reverendo Canon Kingsley, que leyó la carta del profesor al Congreso, no insistió suficientemente en ello, aunque dijo que « la constitución de las mujeres era tal que podían soportar estas privaciones por algún tiempo », esto es, su entusiasmo por la igualdad de educación con los hombres, que las hace someterse á la privación del sueño, del alimento y del descanso, que ejercen en ellas más pernicioso efecto para lo futuro. « Ellas pueden soportarlo sin daño inmediato evidente, pero no sin exponerse al fin á la némesis de una grave y á veces permanente dolencia.

Pero seguramente no se debe considerar como un mal necesario este sistema de violentar prematuramente las inteligencias de las niñas. Cuando la naturaleza grita contra ella, los padres deberían acudir en su auxilio. Los médicos protestan contra la costumbre, y su consejo no debería ser desdeñado. La disciplina de la educación debería ser en todos sentidos una preparación para los deberes de la vida ; y el sistema que consiste en acumular efímeros conocimientos ó estériles hechos que son inmediatamente olvidados, no puede jamás producir los goces y el bienestar de la

vida de familia. En cuanto á ocupar las mujeres el puesto de los trabajos de la vida activa, haciéndose marinos, soldados, cirujanos, abogados ó ejerciendo otras ocupaciones ó profesiones, no merece tomarse en serio.

Las mujeres no tienen robustez física para soportar fuertes trabajos, y menos aún si son trabajos cerebrales, que son más extenuantes que el trabajo muscular. Gracias á su fuerte constitución, los jóvenes, mientras están en la escuela ó en el colegio, pueden realizar una cantidad de trabajo de que es absolutamente incapaz la delicada constitución de las niñas. Y cualquiera que pueda ser el resultado del sistema de exámenes y cursos aplicado á las niñas, desde el punto de vista de su igualdad social profesional con los hombres, no cabe la menor duda de que los primeros efectos de dicho sistema serán una abundante cosecha de enfermedades nerviosas y cerebrales como la corea<sup>1</sup> y la histeria, y en último resultado el desarreglo de las funciones vitales y la completa ruina de su salud corporal.

Que este sistema no es necesario para elevar al más

---

1. Entre los resultados de la educación intensiva, va rápidamente aumentando la enfermedad llamada baile de San Vito. El doctor Octavio Sturges, en el *Lancet* del 15 de Enero de 1887, demuestra que de todos los casos de corea que pasaron por su clínica el año anterior, en el gran hospital de Ormond Street, mas de un tercio eran debidos claramente á los trabajos escolares. Había más del doble de casos en las niñas que en los niños á causa de la mayor pequeñez del cerebro en las primeras y de su más delicada organización. « Hablando en lenguaje de la evidencia, dice el doctor Sturges, las causas de esta enfermedad son las siguientes : 1. Exceso de trabajo escolar á causa del mayor número de horas del mismo y de lo pesado de las lecciones (especialmente de aritmética). 2. Excitación en la enseñanza. 3. Lecciones hechas en casa, cuando no hay en ella quien pueda explicarlas ó falta comodidad para ello. 4. Los golpes y otros castigos, sobre todo cuando son injustos. »

alto grado las facultades intelectuales en la mujer, puede demostrarse por el ejemplo de mistress Somerville (cuyo nombre de familia era Fairfax). Cuando era niña fué viva y alegre y hacía mucho ejercicio, y en consecuencia estaba llena de salud. Su padre era marino, pero su madre le enseñó á leer la Biblia. Trabajaba en su huerto, cultivaba claveles, podaba los manzanos é ingertaba rosales. Cuando su padre volvió del mar tenía ella diez años, y le chocó encontrarla « hecha una salvaje ». Sin embargo, tenía excelente salud. Su padre la envió á una pensión, á cuya vida regular cobró ella aversión. Pero la educación le hizo bien. Cuando volvió á su casa era laboriosa y tenía muchas habilidades; cosía para la familia, siendo una notable costurera. Hacía y arreglaba sus propios vestidos, tocaba el piano y pintaba cuando tenía tiempo desocupado. Aprendió la cocina, se ocupó en la lechería, y cuando se casó fué una excelente mujer de su casa.

Su primer esposo (Grey) no la estimuló á aprender; pero el segundo (Somerville) se lo aconsejó. Mistress Somerville aprendió la botánica mientras lactaba á uno de sus hijos. Tuvo también tiempo para observar las estrellas, cuyos misterios pudo después explicar á otros. También aprendió algo de Euclides. No faltó por eso al servicio de su familia, sino que consagró únicamente á la ciencia aquellas horas que otras mujeres consagran en su caso á habladurías y distracciones. Al fin escribió un libro — y lo escribió entre el estrépito y algarabía de sus hijos — *On the mechanism of the heavens* (Sobre el mecanismo de los cielos). Tenía treinta y siete años cuando hizo su primer trabajo científico, y lo hizo á instancias de lord Brougham. Es digno de notarse que sus poderosas facultades

mentales, aunque desarrolladas tarde, permanecieron frescas y activas hasta el fin, y á la edad de ochenta años dió al mundo su última obra, *On molecular and microscopic science* (Sobre la ciencia molecular y microscópica). Sin embargo, no siempre se encuentra una mujer como mistress Somerville. La aplicación rigurosa, el trabajo asiduo y el prolongado esfuerzo mental que se requieren en los que se consagran al estudio de las ciencias abstractas, son muy raros en los hombres, y más raros aún en las mujeres.